

EN TORNO DE LA DEMOGRAFIA DEL NORTE DE AFRICA FRANCES

LA palabra demografía, que sirve de base a este estudio, es, a nuestro juicio, de aquellas que tienen la propiedad de circunscribir en un área limitada lo que es en realidad un vasto problema humano. Logra incluso simplificarlo al extremo de reducirlo a una estricta cuestión de población, natalidad y mortandad, cuyas derivaciones son meramente económicas (alimentación, vestido, alojamiento, mano de obra, producción etc.), o sea, relativas a condiciones materiales de vida. Sin embargo, centrar el problema en torno de estas condiciones materiales de vida en que habrá de desenvolverse una población en crecimiento o regresión, sería mantenerlo a ras de tierra y con escasa proyección hacia el porvenir. Habría que considerar el problema como total para abarcar en su auténtica perspectiva el problema indudablemente total que plantea a diversos países y territorios una población afectada por un aumento de población que no se acompasa al ritmo más lento que en los restantes aspectos realiza este país o territorio.

En lo que respecta al Norte de África francés, prescindiendo de estudiar las causas que han dado origen a un desequilibrio evidente entre el crecimiento de la población y el desarrollo económico, nos limitaremos a consignar que la estructura de la política colonial francesa, en el aspecto económico, bien puede considerarse definida por la fórmula de Jules Ferry,

verdadero creador del Imperio francés, que decía: «La política colonial es hija de la política industrial». Siendo esta política industrial moneda acuñada por el liberalismo burgués de la III República su aplicación en los territorios ultramarinos se ha visto marcada por el mismo signo de contradicción que ha caracterizado la práctica de los principios teóricos que inspiraban aquélla. Desde sus albores mismos el Imperio colonial francés ha mostrado padecer una anomalía, cuyas consecuencias se esfuerza hoy Francia en corregir, y que es el hecho de ricos territorios que enriquecían a los colonizadores en tanto que el nivel de vida de los indígenas permanecía bajo. El desequilibrio señalado lo ha acentuado una guerra de peculiarísimo carácter y una postguerra particularmente difícil. Si Francia no ha logrado aún salir de la desembocadura de la III República —zona de oleajes, marejadas y corrientes encontradas—, lógico resulta que el Imperio colonial, que va a remolque, tampoco haya llegado al mar libre de los nuevos principios rectores y de sus realizaciones. No es de extrañar, de consiguiente, que el agudo problema con que Francia hubo de enfrentarse en sus territorios norteafricanos el día siguiente de la Liberación, aparte de no estar resuelto aún, sólo esté en vías de serlo en un futuro más o menos próximo, mientras que en el orden económico se acentúa la presión provocada por una población en constante progresión que aumenta en términos tales que la solución que aplicada hoy sería válida, acaso no sea eficaz dentro de diez años; es decir, cuando haya podido ser llevada a la práctica. Porque si bien en la actualidad sólo determinadas zonas de escasa producción agrícola y negativo desarrollo industrial acusan un auténtico exceso de población, en un futuro no muy lejano esta crisis se extenderá a otras regiones. El problema tiene, por tanto, carácter de urgencia actual y de dificultad futura fácil de prever, ya

que se trata de absorber un excedente humano de cuyo aumento dan idea las cifras siguientes: de 1936 a 1946 Argelia ha crecido en 1.764.000 habitantes, aproximadamente, Marruecos en 2.774.339 y Túnez en 197.000. Los especialistas en la materia no se ponen de acuerdo respecto al aumento aproximado de población que según sus cálculos se registrarán en los treinta años venideros en el Norte de Africa francés. M. Louis Chevalier en su valiosa obra *Le problème démographique Nord-african*, de obligada referencia al tratar este tema, establece un cuadro hipotético de crecimiento de la población musulmana entre 1946-1976. Partiendo de la base de 18.200.000 habitantes en 1946 (cifra aproximada) señala que en ese futuro la población variará entre 25.300.000 y 32.200.000 habitantes. Estas cifras, por ahora de imposible comprobación, no tienen en realidad otra importancia que subrayar, cualquiera que sea la auténtica dentro de treinta años, la magnitud del problema planteado ya hoy día.

Ahora bien, la unidad de este problema demográfico existente en todo el Norte de Africa no debe inducir a la búsqueda de soluciones únicas, por la simple razón de la diversidad de situaciones económicas y de las perspectivas de porvenir. Por ello Francia tiende a diversificar la implantación de remedios, según se trate de uno y otro de los territorios del Norte de Africa. Siguiendo la pauta marcada, nos proponemos considerar estos territorios por separado, aun cuando no perdamos de vista que en ciertos aspectos sus economías pueden ser complementarias y que determinadas derivaciones del problema son válidas para los tres países.

Dentro de la acuidad de las dificultades que acarrea el crecimiento demográfico, puede decirse que Túnez es el territorio cuya situación es menos complicada y cuyo porvenir menos cerrado está al logro de una solución, aunque no pa-

rezca tan sencilla como se pretende. Porque Túnez, país esencialmente agrícola, donde la agricultura ocupa las cuatro quintas partes de la mano de obra, depende en tales términos del régimen de lluvias que caso de sufrir una sequía como la de años atrás se ve abocada a una situación catastrófica. Un país cuya economía está supeditada casi exclusivamente al régimen de lluvias es un país de economía de escasísimo equilibrio, puesto que el mantenimiento de sus niveles de vida y empleo de la mano de obra se relaciona estrechamente con una producción variable y desligada del esfuerzo humano. Así la cosecha de 18 millones de kilos de aceite para la campaña de 1946-47 redujo la exportación de tal suerte que se creó en Túnez una situación angustiosa de falta de víveres importados, en particular cereales. De esta inestabilidad de los niveles de vida da una idea el hecho de que la renta anual de una familia de tipo medio que podía ascender a 45.000 francos en años de prosperidad podía, asimismo, descender a 3.000 francos anuales en los de mala cosecha (1). Sin pretender llegar al extremo de estabilizar de modo definitivo la producción agrícola de Túnez mediante obras de riego o disposiciones legislativas, lo cierto es que una notable mejora de las condiciones agrícolas de Túnez se logrará a base de dos medios que, al parecer, Francia estudia la posibilidad de aplicar, y que son: el incremento de las mejoras técnicas (explotación de tierras incultas, riegos), y una reforma del deficiente régimen de posesión del suelo; aunque esta reforma, por rozar lo político, haya de ser llevada a cabo con un tacto y un sentido de la oportunidad que no dejará de frenar el impulso inicial francés.

En efecto, en el orden jurídico Túnez se halla en una

(1) Encuesta hecha por M. Hassan Fkih: *La condition des autochtones en Tunisie*, 1939.

situación confusa como consecuencia del a veces inextricable enredo derivado de la cuestión de los hábices. El revuelo provocado por el intento de poner orden en este desorden, después de la primera guerra europea, ha tornado Francia comedia, y esta es la fecha en que no se ha atacado de frente el problema. Con todas las reservas del caso, puesto que las cifras tienden a apoyar la tesis francesa de la necesidad de revisar la propiedad agrícola, nos referiremos a un estudio del Institut National de Démographie que señala en la baja estepa meridional tunecina la existencia de unas 650.000 hectáreas de terreno en las que viven 150.000 personas, sin que su asentamiento en esas tierras tenga otro fundamento que la tradición. El hecho de su instalación al margen de lo jurídico no nos parece en sí un hecho susceptible de mover a indignación a cualquier persona respetuosa de las costumbres islámicas. Lo que sí es de lamentar es que en éste y otros casos semejantes que señalamos al paso, tal ilegalidad sea una causa que acarree la dificultad de aumentar la producción agrícola tunecina, ya que los agricultores cultivan rutinariamente esas tierras empleando medios arcaicos por falta de recursos para modernizar los instrumentos de trabajo. Pero quienes disfrutan las tierras habices impiden los movimientos transaccionales y coartan la concesión de créditos agrícolas por lo incierto de la situación jurídica en que se encuentran. Hay que ver, por tanto, en este último extremo uno de los motivos por los que, falta de una inversión de capitales, la agricultura indígena tunecina no puede ser debidamente revalorizada mediante una racionalización del trabajo a base de maquinaria moderna y el empleo abundante de abonos. Cierto es que en el supuesto de una mejora técnica de la agricultura resultaría mano de obra sobrante, cuya colocación en industrias derivadas se presenta como lógica. No obstante, a nuestro juicio, poner en marcha esas industrias de transfor-

mación o incrementar las existentes implica unas inversiones de consideración. ¿En qué medida el capital, nos referimos al capital francés, respondería en este caso? Hasta ahora la política económica practicada en Túnez por Francia ha sido de colonización capitalista, a base de grandes explotaciones y grandes concesiones mineras cuyos beneficios, en su casi totalidad, han sido drenados hacia la Metrópoli. La coyuntura actual exige nuevas fórmulas. La dificultad estriba en hallar la que permita una revalorización de Túnez exigida por su empuje demográfico y al mismo tiempo no se enfrente con un ambiente político poco propicio a introducciones de capital extranjero que son tantas hipotecas para el futuro de un país que aspira a la independencia. Por lo demás, es natural que los tunecinos abriguen hacia las grandes inversiones francesas el mismo recelo que los franceses respecto a las que puede hacer el capital extranjero, como se demostró en el curso de una reciente sesión del Consejo de la República en la que el ministro de Asuntos Exteriores, M. Robert Schuman, fué interpelado respecto a la concesión otorgada en Túnez a favor de la «Shell» y de la «Standard Oil» a través de dos filiales para investigar la existencia de petróleo en el territorio. Con este motivo se dijo, no sin fundamento, que el asunto de los petróleos tunecinos planteaba todo el problema de las inversiones extranjeras que no se trataba de rechazar sistemáticamente, aun cuando era preciso impedir que mermaran «la independencia nacional para que un día no dejara de ser francesa la Unión francesa». Citamos el hecho como exponente de un estado de espíritu que sustituyendo algún término pueda considerarse como reflejo de la opinión tunecina, si es cierto, como argumentó también en aquella ocasión M. Schuman «que Túnez tiene Gobierno propio a cuya acción no puede sustituir la suya el Gobierno francés». De momento no se dibuja en el horizonte posibilidad alguna de salir de este atolladero finan-

ciero de modo airoso y real. Aun cuando los especialistas franceses hablen de progresión económica que brinda perspectivas de porvenir capaces de asegurar trabajo a la creciente población, no se ve claramente que cuenten con otros elementos para nutrir su optimismo que la esperanza de una «reprise» de los negocios que permitiría una vuelta a los años anteriores a la guerra que para el pueblo tunecino no significaron sino niveles bastante bajos de vida, hoy imposible de ser mantenidos dado el empuje demográfico registrado en esta última década, sin un aumento de la producción. Y volvemos al punto de partida de nuestra exposición: ¿cómo aumentar la producción para sostener una población cada días más numerosa? Ya hemos señalado que aun dando por resuelto el delicado problema de una reforma de la propiedad agrícola, en gran parte habú, sigue en pie el de la financiación de la nueva etapa de la agricultura tunecina y el de la puesta en marcha de una industria complementaria por crear en su casi totalidad, salvo las fábricas de aceite que en 1948 ascendían a 1.928, aunque sólo unas 500, empleando en término medio 17 obreros, hayan podido funcionar en razón de la escasez de la cosecha de años atrás. También cabe preguntarse cómo lograr mano de obra especializada indígena, tema que no tratamos aquí por no incurrir en repeticiones, ya que se tropieza con esta misma dificultad en los tres territorios norteafricanos. Pero en el terreno de lo práctico hay que registrar a favor de la revalorización de Túnez el programa de la Residencia relativo a un plan de riego de 195.000 hectáreas de terreno que una vez regados pueden absorber una mano de obra del orden de 250.000 personas, al tiempo que las obras emprendidas han de producir energía eléctrica (90 millones de kilovatios hora anuales) con vistas a compensar la falta de carbón de que adolece Túnez. Este programa se refiere a la presa de Ued Ellil y a la de Ued Mellig, cuyas terminaciones

están previstas para el invierno de 1949-50 y 1950-51, respectivamente. A la par que la regularización del curso del Medjerdah permitirán el riego inmediato de 40.000 hectáreas de terreno. Este es un paso sustancial dado realmente en la carrera a emprender entre la producción del país y su crecimiento demográfico, carrera que urge tanto más ganar cuanto que no se limitan los nacionalistas tunecinos a ser meros espectadores pasivos de la lucha y aprovechan o aprovecharían todas las bazas que pudieran poner en sus manos el descontento y malestar social que provocaría en la creciente población el descenso lento de su ya no muy alto nivel de vida.

No menos optimistas que con Túnez se muestran los franceses con Marruecos. Aquí, como allí, consideran que desde el momento que existen tierras sin cultivar y posibilidades de fomentar el riego y aumentar la producción eléctrica, todo está salvado. Animados por estas perspectivas, los franceses han puesto mano a la obra y se afanan en sacar a Marruecos del atasco en que lo colocó una guerra que tuvo por inmediata consecuencia alterar la orientación de la economía marroquí, que de pronto vióse obligada a una involuntaria autarquía en razón de su aislamiento de los mercados mundiales. Y así se impuso bruscamente a Francia la necesidad imperiosa de desarrollar una industria hasta entonces algo descuidada. En efecto, los productos extraídos del subsuelo (fosfatos en particular) eran exportados en bruto, mientras que las industrias destinadas a satisfacer la demanda interior, a un tiempo modestas y atrasadas, mostraron rápidamente y a todas luces que eran insuficientes. De consiguiente, a partir de 1940 todo el esfuerzo tendió a dotar de posibilidades básicas la industria por crear en el país, no sólo para cubrir las necesidades del momento, sino también para preparar en el futuro el empleo del exceso de mano de obra, cuyo problema ya empezaba a apuntar. Se emprendieron, pues, obras hidráulicas

para suministrar energía al país y se forzó cuanto se pudo el volumen de producción de la industria existente, con vistas también a compensar el descenso de la industria minera que, entorpecida la exportación, se iba paralizando. El esfuerzo iniciado durante la guerra se ha proseguido durante la postguerra. Sin embargo, no parece que el incremento de la industria y de la minería, cuyos resultados se empiezan a observar, puede ser en el porvenir la solución radical del problema demográfico de un país esencialmente rural como es Marruecos. Aquí, a semejanza de Túnez, las cuatro quintas partes de la población viven de un suelo inculto en sus dos terceras partes. Por ello, junto a zonas de gran densidad demográfica, existen otras prácticamente desiertas. Es decir, que a la vieja distinción entre el Marruecos «majzen» y el Marruecos «siba» ha sucedido la del Marruecos útil y la del inútil o desaprovechado. Hacia esas tierras desaprovechadas, entre las que hay cinco millones de hectáreas de tierras colectivas, intenta Francia encauzar el exceso de mano de obra, una vez logradas las dos etapas siguientes: extensión de los terrenos de regadío e implantación de nuevos cultivos; transformación jurídica y explotación racional de las tierras colectivas.

Del plan de regadío estudiado en Marruecos hay que señalar la presa ya construída de El Kansera, que permite el riego de 30.000 hectáreas de tierra, y la presa sobre el Um-er-Rebia, destinada a regar la llanura de Abda Dukkala. Aunque no estén aún ultimados los importantes trabajos iniciados, están en riego más de 15.000 hectáreas. Otro tanto sucede con el riego de la llanura de Tadla y del Hazuz. Entre las obras proyectadas hay que destacar la presa sobre el río Sebu y el Uergha, que regarán 200.000 hectáreas de la llanura del Rharb, y también los embalses del Sus y de la costa que han sido estudiados. Este plan de regadío se com-

pleta con otro de producción de energía, que al finalizar los trabajos en curso no sólo asegurará, al parecer, a Marruecos los mil millones de kilovatios hora que precisa anualmente su industria incipiente, sino que permitirá una superproducción dirigida hacia Argelia. Respecto del regadío, se hace observar que un litro-segundo de agua permite el riego de tres hectáreas de tierra marroquí, de las cuales una sola hectárea es suficiente para la vida familiar del campesino.

Complemento de esta revaloración de Marruecos mediante el riego es la implantación de nuevos cultivos. Uno de ellos, al que Marruecos se ha dedicado con entusiasmo, es el del naranjo, del que ya se habían plantado 5.000 hectáreas en el año 1939. Haciendo el cálculo de que una hectárea de naranjos ocupa a un indígena, M. de Boixo, en un comunicado a la Academia de Agricultura, ve grandes perspectivas de absorción de mano de obra en la explotación de 300.000 hectáreas de naranjales en el Gharb y 40.000 en el Uergha. Pero cabe aquí preguntarse si ese monocultivo regional no provocaría el fenómeno registrado en colonias monocultivistas, y que es el consiguiente apuro para dar salida a los productos, hallando mercados exteriores, y lo aleatorio de una producción que tan pronto como se aproxima a la superproducción acarrea una caída de los precios de venta que repercute en los niveles de vida de los cultivadores. Otro cultivo ensayado con cierto éxito en Marruecos es el del algodón. En 1939 se habían plantado 700 hectáreas a vías de ensayo, que produjeron 360 toneladas de algodón en rama. En 1945 la producción se elevó a 1.918 toneladas, y la superficie cultivada a 1.600 hectáreas. Siendo las necesidades actuales de Marruecos para esta materia prima de 15.000 toneladas anuales, es lógico pensar que, aun incrementando singularmente este cultivo, Marruecos cubrirá apenas las exigencias de su demanda y se mantendrá durante un plazo relativamente largo en el

círculo de la economía cerrada a este respecto. Pero a la par que un creciente número de brazos para cultivarlo, el algodón necesitará industrias de transformación, cuya implantación se está estudiando al parecer.

Por otra parte, el esfuerzo francés también se ha dirigido hacia la transformación jurídica y la explotación de las tierras colectivas, que suman unos cinco millones de hectáreas. En el orden jurídico, tales explotaciones de gran extensión que han sido puestas en marcha por el S. M. P. (Service de Modernisation Paysanne) con su perfil de propiedad colectiva, su consejo de administración electo, su autonomía financiera, su remuneración proporcional del trabajo y reparto de los productos, tienen alguna semejanza con los «koljoses» soviéticos. Dado el medio ambiente musulmán, genuinamente familiar, no se puede vaticinar con seguridad si serán óptimos a la larga estos ensayos de socialización de la agricultura marroquí, fomentados por la nación protectora. Tal vez, en previsión de su posible fracaso, el S. M. P. no desecha la fórmula de la pequeña explotación familiar a base de lotes reducidos, cuyos trabajos de labranza se efectúan con maquinaria del S. M. P., que vende los productos obtenidos a través de cooperativas. Al parecer, los primeros beneficiados con la reforma implantada en las tierras colectivas se muestran satisfechos de los resultados que consiguen. Pero lo cierto es que no tardará en diseñarse el problema del exceso de población en las zonas donde se practica el sistema y donde la densidad alcanza en la actualidad de 87 a 125 habitantes por kilómetro cuadrado. Tales cifras serán muy superiores a las posibilidades de trabajo en cuanto se aplique el programa proyectado de una mecanización total de la agricultura. Por ello hay que preguntarse hasta qué extremos el plan hidroeléctrico en marcha y el fomento del cultivo de los frutales y los agríos ayudarán

la mayoritaria población rural de Marruecos a lograr una posición de equilibrio.

Para los amplios proyectos que hemos expuesto a grandes trazos en sus rasgos más salientes, se ha puntualizado la necesidad de inversiones del orden de 260.000 millones de francos, de los cuales 90.000 están dedicados a importar material para equipar básicamente a Marruecos. El crédito de 24 millones de dólares conseguido para el período comprendido entre el 1.º de abril de 1949 y el 30 de junio del mismo año en el área del dólar, aparte del de cinco millones y medio para idéntico período en el área de la libra, justifican, por lo demás, que Francia pueda acometer con optimismo en su Protectorado una obra gigantesca en ciertos aspectos, y que no podrá por menos que influir favorablemente en una balanza comercial tendente paulatinamente a mejorar, ya que las últimas estadísticas muestran que el Marruecos francés exporta e importa actualmente dos veces más que antes de la guerra.

Como contrapartida de estas ventajas y de las perspectivas halagüeñas de porvenir desde el punto de vista francés, persiste el hecho del coste de la vida, al que difícilmente pueden hacer frente amplios sectores económicamente débiles, en los que se recluta una mano de obra que, principalmente por falta de especialización, es de un escaso rendimiento que repercute en los salarios forzosamente bajos. Sin embargo, es el problema de la vida de estos sectores, que acusan la mayor presión demográfica, lo que se pretende resolver. La revalorización agrícola y minera y la industrialización de Marruecos ha de ser un hecho que influya igualmente, y dentro de la proporcionalidad, en la población y no ya como un hecho beneficioso referido a la minoría más o menos extensa de comerciantes, industriales y jefes de explotaciones agrícolas, sean éstos marroquíes o extranjeros. El problema de la revalorización de Marruecos tiene por corolario

el de la «revalorización» de un elemento humano que es preciso «reajustar», también él, al progreso técnico de signo occidental que se intenta implantar en un país cuya economía tradicional se ha transformado y está en vías, de transformaciones aún más radicales, provocando un desequilibrio interno que afecta los cimientos mismos de la sociedad marroquí, sacudida bruscamente de una modorra de la que apenas la sacaron los treinta primeros años del Protectorado. En realidad, el equilibrio de Marruecos, bajo el imperativo de la circunstancia mundial y de su empuje demográfico, se busca a través de las fórmulas un tanto exóticas para el país, y ello acarrea como consecuencia en el terreno políticosocial y religioso —de los que no se puede hacer caso omiso por mucho que quieran ceñirse los gobernantes a lo económico—, un difícil problema de adaptación de dos conceptos de vida y civilización, y también en el futuro de la convivencia de dos pueblos extraños por sangre, pasado, cultura e ideales.

En lo que a Argelia respecta, el factor demográfico no es elemento nuevo en el cuadro de sus problemas. Con bastante anterioridad a la segunda guerra mundial, un notable contingente de mano de obra sobrante emigraba hacia las ciudades francesas para desempeñar, en las industrias y empresas metropolitanas principalmente, trabajos de peón, ya que esos emigrantes rara vez estaban capacitados para otros menesteres. De la existencia también de un exceso de población con relación a los bienes de consumo da idea el hecho de que ya en 1936 el Gobierno tuvo que paliar a la escasez de cereales mediante distribuciones a la población. En este déficit de la producción agrícola en materia de cereales no hay que ver una mera consecuencia del crecimiento demográfico, que exige cada año mayor cantidad de quintales para cubrir las necesidades. Junto a este motivo existe el de que las regiones actualmente dedicadas al cultivo de los cereales están situa-

das, sobre todo, en el interior y en las altas mesetas, en tanto que las llanuras y tierras costeras, de mejor calidad, sustentan cultivos de exportación (naranjas, vid. etc.), cultivos que poco a poco han ido desplazando las producciones menos rentables hacia el interior; es decir, hacia zonas muy afectadas por la sequía, aparte de la inferior calidad del suelo. Por lo demás, no creemos que pueda ser retenido como argumento digno de ser considerado a favor de la colonización de Argelia, y como una justificación de la escasez de bienes de consumo interior, el de que los musulmanes cultivan peor sus tierras que los europeos y que, además, aquéllos poseen mayor superficie de suelo argelino que los colonos europeos. En efecto, la población musulmana de Argelia, que según las estadísticas de 1946 sumaba 7.925.000 habitantes, poseía 7.300.000 hectáreas frente a los 2.720.000 hectáreas de que eran dueños 1.005.000 de europeos, o sea, que a cada musulmán corresponden teóricamente 0,91 hectáreas de terreno, aproximadamente, y 2,6 hectáreas a cada europeo. Por tanto, carece en absoluto de valor este argumento francés para explicar una de las causas de la reducida producción de cereales de Argelia. Si a la reducida superficie de suelo que teóricamente corresponde a cada argelino musulmán se agrega la división, hasta la pulverización, de las propiedades indígenas, en razón de su empuje demográfico sobre todo, no ha de sorprender la creación de un proletariado agrícola que representa el 60 por 100 de la población rural. Una vez más rehuímos de estudiar en detalle las causas de este hecho derivado de la concepción política aplicada por Francia a Argelia, por no ser su lugar en este estudio, y nos limitamos a consignar que tiene que habérselas la Metrópoli con un masa rural casi indigente que es preciso encauzar, colocar, y a la que hay que dar una solución no sólo para hoy, sino para mañana, masa, por lo demás, un tanto difícil de manejar, pues actualmente se da él

fenómeno de que, pese al exceso de población registrado en Argelia, escasea la mano de obra agrícola. La superactividad que la guerra y la postguerra prestaron a las ciudades argelinas ha atraído hacia aquéllas a numerosos campesinos, gente joven en particular, o ha retenido allí a los combatientes licenciados que se han dedicado a ejercer trabajos de azar, bien retribuidos en razón de las circunstancias excepcionales, o se han lanzado en negocios más o menos lícitos que aun permitiendo vivir, a veces con holgura, no resuelven la interrogante del mañana. Hay, pues, una tendencia de la población rural excedente en convertirse en población urbana excedente, pero sin cambiar su signo proletario.

No obstante la dificultad que supone cultivar nuevas tierras en un país donde andan escasas, en particular cuando las posibilidades de riego son asimismo limitadas, como sucede en Argelia; allí, lo mismo que en Túnez y en Marruecos, Francia intenta poner en marcha un plan hidráulico. Al parecer, su total ejecución no conseguirá regar más allá de 250.000 hectáreas, de las cuales 200.000 en el departamento de Orán, como consecuencia de los trabajos para captar las aguas en la región de Chott Chergui. Existe el proyecto de complementar este plan con perfeccionamientos técnicos y el empleo de abonos, aparte de la llamada racionalización de los cultivos. Respecto a esta racionalización de los cultivos hay opiniones encontradas, pues mientras unos abogan decididamente a favor de la intensificación del cultivo de productos de exportación, que son los más rentables, a cambio de adquirir en los mercados exteriores los productos básicos de consumo que son menos rentables, otros argumentan que tal plan exige, aparte del mantenimiento de la paz, un comercio internacional organizado a la escala mundial, para que las exportaciones argelinas no tropiecen con exportaciones procedente de otros países. Ya se ha presentado recientemente el caso, por supuesto,

con ocasión del acuerdo aduanero franco-italiano, que ha motivado la protesta de los viticultores argelinos lesionados en sus intereses. Tal sucede en el cuadro internacional, como también en el nacional. En efecto, entre las dos guerras mundiales el pleito entre los viticultores argelinos y los del Mediodía de Francia en particular, porque sus vinos bajaban de precio a tenor de la entrada en la Metrópoli de los contingentes argelinos, fué una simple muestra de las dificultades que presenta una política económica dirigida en su casi totalidad hacia la exportación. Cualquiera que sea la solución última que se adopte respecto a cuáles han de ser las producciones de Argelia, el asentamiento de las 600.000 familias que según M. Charles-Lévy hay excedentes en Argelia no se puede considerar problema resuelto, aun cuando se instalen efectivamente 400.000 en tierras comunales o dominios del Estado, se dediquen 100.000 a la ganadería en las altas mesetas y 50.000 al cultivo de los olivos por plantar en el Hodna. Sobrarían de todos modos 50.000 familias y, pavorosa perspectiva, «una vez realizado el plan, es decir, dentro de unos diez años, habría nuevamente un exceso de 250.000 familias» en razón, claro está, del crecimiento demográfico. La agricultura, por tanto, pese a la búsqueda afanosa de tierras y a las obras hidráulicas, cualquiera que sea la orientación que se dé a la misma, no puede absorber una población inusulmana que crece a la cadencia de 150.000 habitantes por año desde 1940 y en la que se observa que el 445 por 1.000 de la misma tiene menos de veinte años... El esfuerzo de Francia también se orienta, por tanto, hacia el fomento de la industria, trazándose un plan por parte del Gobierno general para poner en marcha fábricas, incrementar la industria minera y ocuparse de la extracción del carbón. Es de suponer, en buena lógica, que el número de 240.000 obreros escasos que acupaba la industria en 1946 ha aumentado considerablemente, como resultado de los afanes de la Metró-

poli por el crecimiento de la industria argelina, grande y pequeña, aunque no tenemos datos preciosos sobre el particular. No obstante la creación de numerosas industrias, entre las que se cuenta incluso la de aceros y también, en proporción estimable, la de tejidos y calzado, entre otras, no debe ser tenida ésta por una solución que de momento beneficia totalmente al elemento obrero musulmán. En efecto, cuanto más especializada sea la industria, por ejemplo la del acero, más difícilmente se puede apelar a la mano de obra musulmana. De hecho, las nuevas industrias de Argelia para constituir sus cuadros han tenido que recurrir a obreros metropolitanos, con lo cual no mejora ciertamente el problema de población que padece Argelia. Por lo demás, aun cuando una legión de obreros musulmanes especializados pudieran ocuparse en la industria que nace con notable empuje, no absorbería ésta el exceso de mano de obra de un país que realmente da síntomas de asfixia. Por ello se habla, y no poco, y se estudia cada día con mayor detenimiento la solución de la emigración organizada para Argelia, en tanto que no se piensa en tal remedio para Túnez ni para Marruecos, países donde aún, y por un plazo relativamente largo, se podrá respirar, que en este caso significa vivir.

La solución emigratoria se considera con tanto más interés cuanto que en la agricultura francesa se acusa la falta de mano de obra. Este es principalmente el motivo por el que se apunta insistentemente la posibilidad de utilizar a los argelinos musulmanes, no ya en plan de emigración temporal, como hasta ahora, sino asentándolos definitivamente en Francia y enfocando el problema desde el punto de vista de una emigración familiar. Los especialistas franceses aducen una serie de razones de orden material beneficiosas para Francia a favor de este proyecto, se rodean de precauciones relativas a la búsqueda de tierras francesas, similares por clima y cultivo a las tierras

argelinas, pero pasan rápidamente ante un hecho que tenemos por capital y que es el factor humano. En efecto, con tintes no demasiado sonrientes se nos presenta el presente y el porvenir de familias argelinas extrañas por raza, idioma, religión y cultura al ambiente francés. Islotes exóticos o colectividades de colonizados resultarían ser en la campaña francesa. Ciertamente es que quienes propugnan tal plan cuentan con la asimilación, como si no hubiera quedado demostrado que la política asimilacionista ha fracasado respecto a Argelia, donde se da el caso de que los más ardientes defensores de la independencia son precisamente aquellos que han vivido en la Metrópoli. De estos sectores ha salido el argumento, muy propio para gravarse en las mentes, por poco cultas que sean, de que puesto que Francia necesita para la buena marcha de su economía de un millón de personas, que se lleve en buena hora al millón de franceses establecidos en Argelia y deje al millón de argelinos actualmente sobrante en su tierra natal. Esta y otra propaganda similar, que no ha dejado de llegar hasta los más alejados rincones argelinos, es de por sí una preparación para situar a los emigrantes en un terreno de rencor y con un complejo de inferioridad frente a los metropolitanos. Por ello parece más digna de ser retenida la solución menos en boga de convertir en tierra de expansión argelina los territorios del África Negra francesa, donde se acusa una grave regresión demográfica que dificulta la puesta en marcha de los proyectos de explotación de aquélla. La construcción del Transhariano facilitará grandemente la penetración de aquellos territorios de la Unión Francesa por Argelia, y tal solución tendría a su favor el hecho de que la población argelina, al fin y al cabo de raza blanca, se hallaría en presencia de una sociedad negra poco evolucionada, que lejos de provocar en los emigrantes una reacción de humillación, como sucedería con la Metrópoli, según se ha observado ya, le permitiría tomar plena

conciencia de su capacidad para abrirse camino y desbrozar el camino a poblaciones más atrasadas. De sentirse colonizados pasarían a considerarse a su vez colonizadores, apoyos efectivos de una Unión francesa en suma. Y no es este factor moral compensación desdeñable cuando se trata de desarraigar radicalmente del suelo natal a colectividades que habrán de injertarse en otros pueblos y cuya adaptación puede ser de signo muy distinto según la dirija soterráneamente un fondo de agrio rencor o, por el contrario, la idea de que participen a una misión civilizadora. Aunque este proyecto sólo aparezca desvaído en las fórmulas propuestas para descongestionar Argelia, creemos que merece mayor atención de la que le vienen prestando los especialistas franceses, un tanto influídos por el panorama demográfico de Francia que tienen ante los ojos, y que repercute gravemente en su agricultura, que se iría a pique a no ser por la aportación de extranjeros (italianos, españoles, polacos y rusos principalmente).

Junto a los problemas, en cierto modo peculiares, de cada uno de los territorios del Norte de Africa francés, tiene Francia otros generales, materiales unos, culturales y político-morales los restantes. Entre los más agudos de los primeros destaca el de la vivienda, que no es, por cierto, privativo de aquellos países, y que más bien debe ser considerado como un fenómeno mundial. No es, por tanto, en son de crítica que señalamos al paso la necesidad urgente, por ejemplo para Marruecos, de 40 a 50.000 toneladas mensuales de cemento, mientras que sólo produce unas 30.000 al mes, lo que frena sensiblemente, allí como en los restantes territorios, el esfuerzo constructor de Francia, principalmente encaminado a edificar barrios obreros musulmanes en sustitución de los «bidon-ville», como paso en firme hacia una auténtica elevación del nivel social, sanitario y moral de las masas, aunque no descuide

acompañar el crecimiento urbano de las ciudades a su crecimiento demográfico.

En orden a la elevación del nivel cultural se ha progresado considerablemente hacia la escolarización total, pero esta empresa tropieza con la dificultad básica de que en Francia tiende a imponer más o menos directamente la enseñanza en francés en las escuelas primarias o secundarias y programas ajustados a los que están en vigor en la metrópoli. Tal intento, solapadamente asimilacionista, se puso de manifiesto con motivo de los decretos de noviembre de 1944, relativos a la reglamentación de la enseñanza proporcionada en Argelia en las llamadas «escuelas libres» o Medarsas, donde se ha establecido la obligatoria aplicación de un programa calcado del que se sigue en las escuelas primarias metropolitanas y la enseñanza dada en francés durante quince horas semanales. El que los musulmanes argelinos, tunecinos o marroquíes aprendan el francés no es, a nuestro parecer, un inconveniente. Este idioma tiene categoría internacional y no puede su conocimiento sino fomentar las relaciones del Norte de Africa con los restantes países del mundo. El inconveniente que presenta la aplicación de los programas metropolitanos en las escuelas norteafricanas, en particular las primarias, es que, sobre dejar muy poco espacio al estudio del árabe y del Corán, traslada a esos territorios los defectos de que adolece la propia enseñanza francesa, y podríamos decir que europea, a saber, un predominio del estudio de materias cuyo conocimiento es de escasa utilidad práctica para el niño llamado a ser obrero o campesino. De ahí, un florecimiento de escolares que después de haber cursado los estudios primarios se encuentran desorientados a la hora de elegir un oficio o profesión, y que optan por uno u otro empujados por el azar. Ciertamente existe toda una literatura y una legislación relativa a la enseñanza profesional como complemento de la enseñanza primaria. Pero el hecho de que al

poner sólo inicialmente en marcha la industria argelina sea preciso recurrir a la mano de obra especializada de la metrópoli, es prueba fehaciente de que en Argelia, lo mismo que en Túnez y Marruecos, se carece de un grupo sustancial de obrero musulmanes especializados, afirmación confirmada por la baja calidad en el orden profesional de la emigración argelina hacia Francia. Sin embargo, Francia se ha preocupado de facilitar una instrucción a las poblaciones norteafricanas, por una parte, y, por otra, no se puede discutir la habilidad manual de los norteafricanos, su paciencia y su innegable facilidad de adaptación a los trabajos de la técnica moderna, que tiene no pocos visos de rutina. Ante estos dos hechos contradictorios, no se puede por menos que deducir la existencia de un defecto originario de orientación de la enseñanza, debido a la errónea creencia de que entre Francia y los territorios que constituyen el Norte de Africa francés sólo existía una diferencia de nivel cultural. La realidad es otra. Los norteafricanos pertenecen a un mundo cultural diferente del francés. Provoca aquél otras reacciones y tiene otras categorías de entendimiento que éste, diferencia que se observa en particular en los ambientes populares, que rara vez pasan el estadio de la enseñanza primaria. La enseñanza que se les dispensa debió, por consiguiente, tender a la mutua adaptación de ambas culturas, a una especie de síntesis, y no al predominio de una en perjuicio evidente de la otra, ello dentro del marco de una enseñanza profesional u orientación hacia la misma de mayor utilidad para el futuro obrero urbano o rural que la poesía de Víctor Hugo o las Declaraciones de los Derechos del Hombre, ingenuamente explicadas a los colonizados. No fué ni es así, reproche que, en justicia, ha de hacerse extensivo a los métodos, programas y planes de enseñanza aplicados con la mejor buena fe por casi todos los países que tienen la misión de hacer evolucionar a otros. Esta es una de las razones por las que en el cuadro del

progreso económico, sanitario, administrativo, industrial y agrícola que Francia ha promovido en el Norte de Africa y que intenta desarrollar con la mayor energía, suene, curiosamente discordante, la nota de un malestar provocado en primer término por la inadaptación de las nuevas generaciones, formadas en las escuelas francesas, que flotan, literalmente, entre lo netamente francés y lo netamente tradicional musulmán, sin saber qué partido adoptar o cuál de las dos fórmulas aplicar. No es éste el lugar para tratar de los problemas políticos, morales, religiosos o de inquietud espiritual que produce el hecho. Por tanto, recordamos solamente el antagonismo que oponen colonizados y colonizadores, protegidos y protectores, y que patentiza la existencia de un error inicial en el planteamiento del problema de la evolución necesaria de los pueblos colonizados o protegidos, y del que, acaso, nos ocuparemos en su día.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

NOTAS

